

La fiesta de cumpleaños

Hugo Cuevas

Nunca olvidaré el día en que mamá me obligó a ir a una fiesta de cumpleaños, cuando estaba en tercer grado. Una tarde llegué a casa con una invitación algo manchada de mermelada.

- No pienso ir - dije -. Es una chica nueva que se llama Ruth. Clara y Pati no irán. Invitó a toda la clase. Treinta y seis niñas.

Mamá estudió con extraña tristeza esa invitación hecha a mano. De pronto anunció:

- Bueno, tú irás. Mañana iré a comprar el regalo.

Yo no podía creerlo. ¡Mamá nunca me había obligado a ir a una fiesta! Eso me mataría, sin duda. Pero nada de lo que dije la hizo cambiar de opinión.

Llegó el sábado, mamá me sacó de la cama y me hizo envolver el regalo: un bonito juego de peine, espejo y cepillo, de color rosa, que había comprado por menos de tres dólares. Luego me llevó en su viejo automóvil amarillo. Ruth abrió la puerta y me guio por la escalera más empinada y peligrosa que yo había visto jamás. Cruzar la puerta fue un verdadero alivio; los pisos de madera brillaban en la sala llena de sol. Los muebles eran viejos, pero estaban recubiertos por fundas blancas e impecables. En la mesa vi el pastel más grande de mi vida. Estaba decorado con nueve velas rosadas, un "Feliz Cumpleaños Ruthie" bastante torcido y algo que parecían botones de rosa.

Rodeaban la torta treinta y seis tazas llenas de chocolate casero, cada una con su nombre.

"No será tan horrible cuando lleguen los otros", pensé. Y pregunté a

Ruth:

-¿Dónde está tu mamá?

Ella bajó la vista al suelo.

- Bueno, está medio enferma.

- Ah. ¿Y tu papá?

- Se fue.

Luego se hizo el silencio; solo se oían algunas toses secas detrás de una puerta cerrada. Pasaron quince minutos. Luego, diez más. De pronto comprendí la horrible verdad: No vendría nadie ¿Cómo escapar de allí? En medio de mi autocompasión oí unos sollozos apagados. Al levantar la vista me encontré con la cara de Ruth, llena de lágrimas. De inmediato, mi corazón de niña se llenó de simpatía hacia Ruth y de furia contra mis treinta y cinco egoístas compañeras. Me levanté de un salto, plantando en el suelo los zapatos de charol blanco, y declaré gritando.

- ¿Para qué queremos a las otras?

La expresión asustada de Ruth se convirtió en entusiasmado acuerdo. Allí estábamos: dos niñas de ocho años con una torta de tres pisos, treinta y seis tazas de chocolate, helado, litros y litros de refresco rojo, tres docenas de artículos de cotillón, juegos para jugar, premios para ganar.

Empezamos por la torta. Como no encontrábamos ningún fósforo y Ruthie (había dejado de ser Ruth) no quería molestar a su mamá, simplemente pretendimos encenderlas. Le canté el Feliz Cumpleaños mientras ella pedía un deseo y soplabla las velas imaginarias. En un abrir y cerrar de ojos llegó el mediodía y mamá hizo sonar la bocina del coche frente a la casa. Después de recoger todos mis recuerdos y de dar mil gracias a Ruthie, volé al auto roja de alegría.

- ¡Gané todos los juegos! Bueno, la verdad es que Ruthie ganó el de ponerle la cola al burro, pero dijo que la chica del cumpleaños no podía llevarse los premios, así que me los dio. Y repartimos las cosas de cotillón, la mitad para cada una.

- Le encantó el regalo, mamá. Yo era la única. ¡La única de todo el tercer grado! y no veo la hora de decirle a las otras que se perdieron una fiesta estupenda.

Mamá detuvo el coche junto a la acera y me abrazó con fuerza.

- ¡Estoy orgullosa de ti! - me dijo, con lágrimas en los ojos.

Ese día descubrí que una sola persona puede cambiar las cosas. Yo había cambiado por completo el noveno cumpleaños de Ruthie. Y mamá había cambiado mi vida por completo al enseñarme el verdadero valor de una sonrisa.